

Espectáculo integral de la cultura vasca, en Madrid

MADRID, 29 (INFORMACIONES, por M. D.).

EL pasado sábado, ante una inmensa masa de público que doblaba la capacidad real del teatro del Colegio Mayor Pío XII, se presentaba por primera vez en Madrid, y de soslayo, pues estaba dedicado a la comunidad vasca, el espectáculo «Ikimilikiliklik», a cargo de los Arza Anaiak y de Mikel Laboa.

Al conjuro del sonido de la «txalaparta», banco formado por cuatro gruesos maderos que suenan bajo los golpes de otros más finos, impulsados por los hermanos Arza, se inicia el acto. El ritmo ancestral de los bosques vascos recuerda culturas desconocidas para muchos, y trae formas musicales que nada tienen que ver con nuestras cadencias y medidas. Al apagarse los últimos sonos, de manos del euskera, llega la poesía cantada, recitada y proyectada.

«Haika mutil» —arriba, muchacho—, dice Mikel Laboa, y los cantos tradicionales se entremezclan con los poemas de José Antonio Arra en su propia voz o en la de Mikel, acompañándose de la guitarra. Mientras, una máquina los va lanzando contra muros y espectadores que se ven implicados con sus cuerpos en la acción poética.

«Si esperas que te liberen, estáte tranquilo, estáte seguro que serás liberado; porque las cadenas hacen feo sobre la ropa del muerto.» El canto

degenera en sonidos guturales, que luego pasan a ser un ruido infernal y por fin, el graznido de mil pájaros que invaden la sala.

El blanco y negro de las erres y de las kas contra la pared, enmarcando las continuas referencias al pueblo, al trabajo, al añorado pájaro vasco, cede ante un rojo encendido que enfoca al cantor a la par que un lastimero rosario de quejas abandona su garganta, y las letras se hacen dianas y los gritos, Guernica.

En «Ikimilikiliklik» la cultura vasca funde su pasado con el presente, engarzándose los intérpretes en la tradición del bertsolari y del abeslari —poeta y cantor vasco—. Durante más de año y medio ha recorrido el país vasco, prácticamente ha trillado su geografía y ahora debe romper barreras y desparramarse pródigamente por el resto de las tierras y poblaciones. Sería lamentable que algo tan vivo y maduro muriese cerrado en sí mismo.